

# La suite del humor

## Cartas desde el limbo

Eugenio Mateo

Tras el breve verano vuelve la vida en forma de campeonato de fútbol, al que te guste o no te guste es imposible sustraerte, carrusel de toda clase de influencias y dependencias.

“La Liga ha vuelto, la vida ha vuelto”. Este profundo y filosófico mensaje nos llega desde la “caja tonta” en un mediodía de verano en el que ya se huele el regreso al asfalto, pronunciado por un popular presentador deportivo en la hora de máxima audiencia.

Es de agradecer que, en medio del agobio al que se enfrenta nuestra mente cuando se atreve a pensar en el otoño caliente que se nos viene encima, una voz nos recuerde que todo es relativo, en el sentido patafísico. No sin otro planteamiento debería ser tomada al pie de la letra, pues como solución imaginaria permite asumir la resurrección, acto escaso y raramente practicado. La muerte y la vida, en el fondo, son regidas por el afán de competición que, cual extraño virus, tiñe el cuerpo con colores directamente conectados a una ameba de placebo que acecha al común de los mortales en su más o menos dependencia de una pelota hecha rodar por piernas millonarias para deleite de la vida que, por lo que dicen, comienza de nuevo.

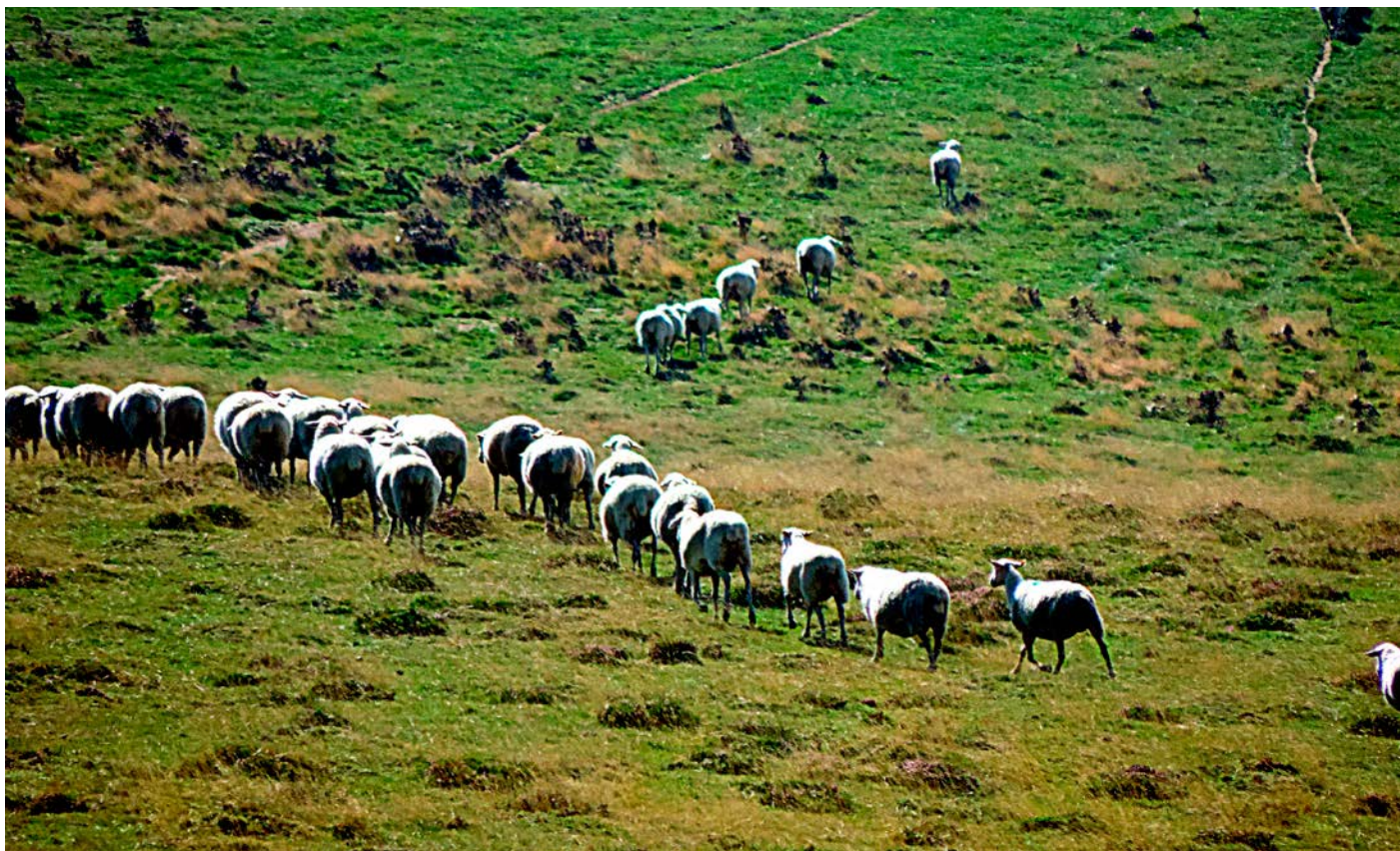
Qué sería de nosotros si perdiéramos el tranvía de los deseos, entendidos estos como códigos de un precedente invertido, que nos lleva en un trazado por la periferia con la obstinación de una máquina. Podrán volver en amalgama el ansia de la espera, esa espera de los resultados de la jornada; los eternos motivos de conversación que salvan la mayoría de los encuentros en la primera fase; los olvidos voluntarios de una realidad que nos muerde los tobillos; los cabreos imaginarios que sirven de coartada. Volverán, con la Liga, con la confrontación incruenta que se pone el antifaz para dosificar el odio.

Eso es el espectáculo del fútbol —que no deporte—, aunque como tal naciera. Central nuclear que genera tanta abundancia *radioactivoeconómica* que sus intereses pasan por capturar nuestra atención, dotándonos de un solo ojo, como Polifemo, el cíclope. La mirada unidireccional es asimétrica, asocia la concentración a un punto de mira en el que un blanco ondulante de siluetas grises nos invita a disparar. Una mirada no bifocal ahorra esfuerzo, la famosa levedad de los extremos es una teoría inútil, el equilibrio de un solo afán compensa toda la futilidad de los conceptos, denominadores comunes no resueltos. Detrás de los compases de la flauta de Hamelín se frotan las manos unas negras manos que asen el cuerno de la abundancia con espíritu de prestamista de almas con interés y las tramoyas de oropel en alta definición se aprestan a martillar los sentidos de casi toda la humanidad, ajenas a las reglas de la cortesía que usaban los caballeros, y dueñas del espacio tiempo que nos rodea. Si nos quejamos de los sistemas políticos, los armazones contruidos por el fútbol tienen más influencia —dónde va a parar—, pues yo diría que nos dirigen con mano más férrea. Es famosa la anécdota de aquel que iba todas las tardes noches a un determinado bar y siempre proyectaban fútbol. Un día, la curiosidad le pudo y preguntó al camarero si aún no había acabado el partido del día anterior. Gente asocial como el protagonista la ha habido siempre. Son las desviaciones del ADN, un grupo escaso, no se sabe si inofensivo, pero puede que despierto, un grupo aparte que solo quiere ir contra las reglas. Poca cosa.

La sutileza de la maniobra llega a tanto como para hacer prácticamente imposible el sustraerse de todo ese tinglado, excepción hecha de los eremitas y personal en coma clínico, por su condición de omnipresente.

“ Qué sería de nosotros si perdiéramos el tranvía de los deseos. ”

El Gran Hermano se calza con botas de marca y tacos para saltar al césped bajo los postulados del *solo gana uno*, arrastrando tras sí las ansias de pertenecer al club de los gladiadores que dan vida al circo. Con todo esto y llegados a este extremo habría que imponer por la fuerza que nace de su propia imposibilidad el hecho de que las grandes disputas políticas se resolvieran en calzón corto, bajo la presión de una masa rugiente y entregada. La cuestión catalana se resolvería entre los estelados y los bicolors a dos partidos, en casa y fuera. A tenor de los resultados del primero, habría tiempo de analizar las fuerzas o de preparar las estrategias y hasta se podría echar mano de los maletines. Ver jugar al atlético y guapetón capitán de los *ezquerristas* contra el portero juncal y barbado con sonrisa de gaviota no tiene precio. En fin, de la bizarría de los jugadores no hablaremos pero que quede constancia de lo ridículo de sus canillas a partir de las medias. Al que ganara, su trofeo. Todo, todo es posible. No quedaría cuestión de actualidad fuera de la Liga. Otro derbi de altura sería entre los tricolors y bicolors, aunque bien pensado no habría estadio suficiente para tal con-



FOTOGRAFÍA: Rebaños (Eugenio Mateo)

fluencia; no obstante, a la hora de los himnos, si el cornetín desafinara en el de Riego, se le expatriaba convenientemente. La altura física de los bicolors daría a priori cierta ventaja..., pero noventa minutos dan mucho de sí en los equipos bregadores. Por no hablar de los debates parlamentarios, los cuales podrían ser resueltos, para aquellos seguidores interesados, con tandas de penaltis o unas liguillas a cuatro entre los partidos que se disputan la Copa de las Mayorías. En fin, que estamos perdiendo el tiempo... Y ante el peligro de lo rutinario, ¡viva la espontaneidad!

“ Si nos quejamos de los sistemas políticos, los armazones construidos por el futbol tienen más influencia. ”

Me alegra, pues, volver a la vida, resurrecto e incorrupto como brazo de Santa Teresa. La verdad es que, desde que comenzó el verano, en el tráfigo

recoleta y límbico he tenido tiempo de recordar que no sé jugar a las quinielas. No he podido evitar saberme un ignorante de las cosas importantes, tomando como escala de importancia las veces que he sido impactado por la publicidad del balompié a pesar de estar todos en el limbo obligatorio por la ausencia de la gran competición. Reconozco el nombre de los ídolos aunque fallo en su procedencia e, incluso en ciertos casos, hasta escucho de la gran pasta que se llevan por sudar. A la vez, se me escapan los matices sobre la gran estafa en la que todo es tan real como parece, pero ya se sabe que no hay estafador sin estafado. La guasa de la frasecita tiene su enjundia pero no suenan las trompetas del Juicio Final que da paso a la Vida, porque final, final, no es. Se perpetúa año tras año como un ciclón que devasta el aburrimiento sin víctimas inocentes. La muerte es de mentirijillas, igual que la resurrección y nadie es llamado a ninguna Presencia; acaso aquellos que por infortunio fallecieron de un infarto producido por gol ajeno. Me inclino a pensar como causante del dicho a una disfunción

cerebral transitoria motivada por la euforia contenida ante el *business* que le espera al dicharachero locutor de nuestras cuitas.

— ¡Ha vuelto la vida!— Decían los labradores al final de cada invierno. Quizá se refería a esto nuestro hombre, aceptando ante las cámaras aquel viejo sofisma del mundo plano, con lo que está cayendo fuera, pero quizá iba más allá, como queriéndonos decir que sin el futbol se vive bajo cero, en la elipsis de un humor, al que se podría llamar negro, pero imaginativo, hay que reconocerlo.

Escribo bajo un estado mental aceptable y suscribo lo dicho, que debería ser tomado en serio para no dar rienda suelta a maliciosas interpretaciones sobre mi sentido del humor, por otro lado dotado de una absurda incapacidad de conocer el margen de toda trascendencia. Voy a lavarme los pies antes de dormir, no sea que me llamen de suplente para el partido del sueño y me rocen las botas (esas tan chulas que otros cobran por lucir), previo a salir a comerme al contrario... si me alinean antes de despertar.